

parte, la ciencia y la industria hacen milagros para unir á todos los pueblos de la tierra; se borran las distancias, las relaciones se extienden, los vínculos se multiplican. Cuando este doble movimiento se vaya aproximando á su término, la constitucion de la unidad humana, que hoy todavía parece ser una utopia, se realizará por sí misma. Solamente es imposible lo que es contrario á las leyes de la naturaleza; una dificultad, por grande que sea, no es una imposibilidad. Hay incompatibilidades temporales; en la Edad Media el Estado moderno era imposible; en el siglo XIX, aún cuando se quisiera restablecer el régimen feudal, no sería posible conseguirlo. La organizacion de la humanidad, imposible hasta hoy, tendrá lugar mediante el progreso natural de las relaciones internacionales.

§ II.—La monarquía universal.

La monarquía universal es un legado del mundo antiguo, ha sido la ambicion de todos los conquistadores, desde el fabuloso Nemrod «el gran cazador ante Dios», hasta el pueblo rey. En la antigüedad, edad de fuerza y de violencia, la guerra era el gran instrumento de civilizacion; los conquistadores ponian en contacto los pueblos al encadenarlos. En cuanto á las naciones, todavía no existian. El elemento individual, que desempeña tan gran papel en toda la creacion, era desconocido, hasta el punto que no se le respetaba ni aún en la ciudad; el Estado absorbía al ciudadano. Los romanos realizaron el sueño de los conquistadores; el emperador, encarnacion del pueblo, se llama señor de la tierra. Aquellos señores del mundo ignoraban que el objeto providencial de sus largas guerras era preparar el camino á aquel á quien los profetas celebran como el príncipe de la paz; cuando aquella mision se realizó, la monarquía universal de Roma se derrumbó bajo los golpes de los pueblos bárbaros que, á la voz de Dios, acudieron á repartirse sus despojos. Los germanos dieron á la humanidad el elemento de individualidad, de diversidad; de ellos derivan, pues, las nacionalidades.

La ambicion de Roma pagana tuvo un heredero en el catolicismo y en el pontificado. Anhelando la unidad absoluta en la esfera religiosa, los papas llegaron, por la lógica de las ideas, á la par que por la tradicion romana, á querer también la unidad política de la cristiandad; de aquí una nueva monarquía universal, que tenía á su cabeza al Soberano Pontífice y al Emperador. El elemento individual de la raza germánica hubo de plegarse momentáneamente bajo el yugo del Pontificado, pero persistió y se desarrolló bajo el régimen del feudalismo. Este lento trabajo de la Edad Media produjo las naciones modernas; cuando estuvo terminado, la unidad católica no tenía ya razon de ser. La raza germánica fué también la que á la voz de los reformadores rompió la unidad que Roma cristiana había impuesto al mundo, de la misma manera que había destruido la obra gigantesca de Roma pagana. La consecuencia que deducimos es que el catolicismo es el representante de la monarquía universal, al paso que el protestantismo es el órgano de las nacionalidades.

El catolicismo tiene la ambicion de ser inmutable y de satisfacer, sin embargo, á las necesidades de la humanidad en todas las épocas de la vida. Esta pretension es contradictoria, porque, cambiando las ideas y los sentimientos, la doctrina que ha de darles satisfaccion tiene que cambiar igualmente; la inmutabilidad es la muerte, y la muerte no puede presidir á la vida; es preciso, pues, ó que la religion se modifique, ó que renuncie á gobernar las almas. Hemos dicho en nuestro Estudio sobre las *Guerras de religion*, que el dogma católico se ha modificado á despecho de su pretendida inmovilidad. En el terreno político es difícil negar la variacion, porque es patente y se manifiesta con toda evidencia en los hechos. Ahora bien, la teoría política del catolicismo no es más que la expresion de su creencia religiosa; la monarquía universal del emperador está íntimamente unida con la dominacion universal del papa; el catolicismo tiene que sostener tanto la una como la otra, so pena de renunciar á su soberbia ambicion. Sería, pues, preciso que en pleno siglo XIX resucitase la unida de la Edad Media con el papa y el emperador; ¿respondería á las aspiraciones de la humanidad moderna este retroceso imposible hácia lo pasado?

El protestantismo fué un gran paso hacia el porvenir. Despertó el sentimiento religioso, casi ahogado por el catolicismo; imprimió una fuerza irresistible al principio de nacionalidad, dándole por apoyo la religion. El mundo católico sufrió la sacudida de la revolucion del siglo XVI. Los católicos confiesan esta influencia de la reforma sobre el catolicismo, aún en la esfera religiosa: en la esfera política es todavía mayor y más incontestable. Esto es tan cierto, que ha sido abandonada la teoría de la unidad cristiana por el papa y el emperador; si la identificamos con el catolicismo, corremos el riesgo de que se nos acuse de mala intencion; sin embargo, el hecho es cierto, y nos será muy fácil probarlo. Si la idea de la monarquía universal por el papa y el emperador ha sido abandonada, si ha sido reemplazada por la idea de nacionalidad, lo ha sido, á pesar del catolicismo, por una victoria del principio protestante. Importa insistir sobre este punto, primeramente porque la lucha de las nacionalidades contra la monarquía universal es el hecho capital de la historia moderna, y además, porque en la época de reaccion en que nos encontramos, es necesario restablecer la verdad respecto del catolicismo y del protestantismo; es necesario que los pueblos sepan que, si son libres é independientes, lo deben á la Reforma; es preciso que vean á dónde los hubiera llevado el catolicismo si hubiese triunfado. La unidad católica lleva en pos de sí la tiranía intelectual y la opresion de los pueblos, al paso que el protestantismo nos ha dado la libertad de pensar y la independendencia de las naciones.

I.

En otro lugar hemos expuesto la teoría política de la Edad Media sobre el pontificado y el imperio (1). La unidad por el papa y el emperador era universalmente admitida; los soberanos pontífices la proclamaban desde lo alto de la cátedra de San Pedro, la atribuían á Dios mismo, y encontraban su imagen en las obras del Creador; el papa era el sol de la cristiandad, el emperador

(1) Véase el tomo VI de mis *Estudios sobre el Pontificado y el Imperio*.

ador era la luna. Los sucesores de los césares admitían esta comparación. Si por ella resultaban inferiores respecto del Vicario de Jesucristo, en cambio adquirían, como jefe temporal de la cristiandad, una inmensa superioridad sobre todos los príncipes de la tierra. Los más grandes pensadores de la Edad Media reproducen la teoría de la unidad católica, como si fuese la expresion de la verdad absoluta. Sobre este punto habia conformidad entre los partidos más hostiles: los gibelinos pensaban lo mismo que los güelfos; los canonistas lo mismo que los filósofos y los poetas. No habia divergencia de opiniones más que acerca de la extension del poder pontificio y de la dominacion del emperador. Los güelfos subordinaban el emperador al papa; los gibelinos no se atrevían á someter el papa al emperador, pero reclamaban para el jefe temporal de la cristiandad una completa independendencia, lo cual equivalia á concederle la soberanía. Este disentiendo no impedia á los gibelinos permanecer dentro de la tradición católica y dar al imperio un carácter religioso. Nada más interesante por este concepto que el tratado del *Dante* sobre la *Monarquía*; segun el ilustre poeta, celebrado hoy como uno de los grandes pensadores de la Edad Media, el imperio y el cristianismo tienen el mismo origen y el mismo fundamento. Jesucristo, el Hijo de Dios, ha reconocido el imperio, naciendo en tiempo de Augusto y consintiendo en ser comprendido en el censo dispuesto por el emperador. Hay más; si el imperio no fuese legítimo, habria que decir que Jesucristo no ha sufrido verdadera pena, que, por lo tanto, no ha habido expiacion, y, ¡consecuencia espantosa! tampoco redencion (1).

No se crea que el libro del poeta gibelino sea una concepcion puramente imaginaria: Dante, identificando el destino del imperio y el del cristianismo, era realmente el órgano de los sentimientos generales de la cristiandad. Antes que él, un cronista habia dicho lo mismo; *Oton de Frisinga* atribuye la monarquía universal del imperio á Jesucristo; todo toma bajo su pluma un color religioso: «¿Por qué ha nacido el Hijo de Dios en tiempo del primer emperador? ¿Por qué despues de su nacimiento se ha

(1) Véase el análisis del tratado de Dante en el tomo VI de mis *Estudios*.

hecho el censo del mundo? ¿Por qué se ha concedido á Roma la dominacion de la tierra? Porque la mision del imperio era preparar y difundir la religion de Cristo. El Hijo de Dios nace en tiempo de Augusto, para significar este vínculo entre el cristianismo y el imperio. Si se lleva á cabo el censo de la poblacion, es para anunciar que ha venido aquel que ha de inscribir á todos los hombres destinados á ser ciudadanos de la patria eterna. Si Roma pagana domina sobre los pueblos, es por los méritos del príncipe de los apóstoles, que estaba llamado á establecer en ella su sede» (1).

Hay ademas una teoría de la monarquía universal escrita en el siglo XIV por un abad alemán (2); es el mismo orden de ideas: La paz es el fin de las sociedades humanas; ahora bien, la paz no se asegura más que por medio de una monarquía universal, de la misma manera que sólo se garantiza la concordia entre los ciudadanos por la autoridad del príncipe. El destino religioso de la humanidad exige igualmente que se reuna bajo las mismas leyes. No hay más que un Dios y no hay más que una fe; la cristiandad debe dominar en toda la tierra; ahora bien, ¿cómo ha de haber unidad de creencias mientras el género humano se encuentre dividido en naciones hostiles? En el siglo XIV las naciones empezaban á tener conciencia de su individualidad: el autor expone las razones que solian alegarse en favor de su independencia, no desconoce su importancia, pero no pueden predominar sobre el interes del cristianismo y de la Iglesia. No se concebía en la Edad Media la posibilidad de la unidad cristiana sin la unidad política: «¿Cómo ha de defenderse la Iglesia universal contra sus enemigos? ¿Cómo ha de someter á los cismáticos, á los herejes y á los infieles?» El abad del siglo XIV tiene un argumento irresistible que oponer á los partidarios de la soberanía de las naciones, la autoridad de la Sagrada Escritura: «El profeta Daniel, divinamente inspirado, ha predicho las monarquías que han de reinar en el mundo hasta la consumacion de los siglos. El imperio romano es la última de las monarquías universales; con él caerán la Iglesia y el

(1) OTTONIS FRISINGENSIS *Chronicon*, lib. III, Prologus: «*Palce igitur eadem urbs antea fuit caput mundi, quæ postmodum futura fuit caput Ecclesie.*»

(2) ENGELBERTI, Abbatis admontensis, *de Ortu, progressu et fine romani imperii*. (*Bibliotheca maxima patrum*, t. XXV, p. 363.)

Pontificado, y despues vendrá el Antecristo y el fin del mundo.»

¿Qué ha sido de aquellas famosas profecías, que tanto han ocupado á los pensadores cristianos? El tiempo las ha barrido, como barre las hojas secas, y como barrerá otras muchas. Hace mucho tiempo que el imperio romano no existe más que en la Historia; sin embargo, los fieles no se cansan de esperar el Antecristo y el fin del mundo. No hay preocupaciones más tenaces que las que se fundan en una palabra que se cree divina. A principios del siglo XV el cisma desgarraba la Iglesia; tres papas se disputaban la soberanía, y el sacro imperio no era más que una sombra vana; esto no impidió que los padres del concilio de Constanza celebrasen al Emperador de Alemania como señor de las naciones y de los reinos: «El mundo le pertenece», dice un orador, «nuestros libros lo aseguran.» La demostracion es singular, y merece ser consignada como testimonio del abuso que hacen los católicos de la Escritura. San Pedro dice que toda criatura está sometida á las potencias superiores: hé aquí el título divino que da al emperador derecho á la dominacion del mundo (1).

¿Se quiere una autoridad más alta que la de los concilios? En otra parte hemos citado el testimonio de un papa (2); lo recordaremos en dos palabras. Eneas Silvio dedicó su tratado sobre el *Origen y autoridad del imperio romano* á Federico III. Dice en su prefacio «que su libro va dirigido contra los hombres bastante insensatos para pretender que hay pueblos y príncipes con franquicias que los dispensen de todo vínculo de vasallaje respecto del imperio romano.» Eneas Silvio, lo mismo que Dante, da un carácter religioso al imperio; el Salvador lo ha consagrado, dice, naciendo en el momento en que todo el mundo obedecía á Roma. El emperador ha recibido de Dios el cargo de dirigir las cosas temporales. Eneas Silvio niega formalmente los derechos de las naciones á una existencia independiente, y sostuvo su doctrina como papa. Todos los pueblos están sujetos al emperador. Esta monarquía universal es sinónimo de tiranía. Eneas Silvio enseñó

(1) ANDRÆ LASCHARI, *Electi posnaniensis, Oratio ad Sigismundum imperatorem*. (VON DER HARDT, *Concilium Constantiense*, t. II, p. 170.)

(2) Véase mi *Estudio sobre el Pontificado y el Imperio*.

que el emperador está sobre las leyes, que es señor soberano de tierras y propiedades, y que es un crimen oponerle resistencia, aún cuando cometa una injusticia. ¡Hé aquí el ideal católico!

Es tan cierto que la idea del imperio es una idea católica, que sobrevivió á la Edad Media y sigue siendo el ideal de todos los partidarios del cristianismo tradicional. En el siglo XVI se abre una nueva era; anúnciase con luchas encarnizadas entre los príncipes, órganos de la rivalidad de las naciones; los papas mismos se ven envueltos en un movimiento que desgarrará para siempre la unidad cristiana. Pero si de hecho queda destruida la unidad por el papa y el emperador, subsiste como doctrina. Leon X escribe á Maximiliano, el más débil de los emperadores, «que es el jefe temporal de todos los fieles, que Dios mismo lo ha puesto á la cabeza de la cristiandad para mantenerla en paz y en armonía» (1).

La Reforma dió el golpe de gracia á la unidad de la Edad Media, pero las preocupaciones cristianas son incurables. No había ya imperio, ni pontificado, á no ser en el mundo de los sueños; y, sin embargo, en el concilio de Trento un profesor de teología predicó la teoría católica, como si no hubiera ni protestantismo ni luchas nacionales: «El mundo entero, dice *Pablo Passota*, está sometido á la autoridad del Soberano Pontífice y del emperador.» Esta monarquía universal no es una de esas instituciones hijas de las circunstancias y que las revoluciones destruyen: «No es la casualidad, continúa el teólogo, lo que ha puesto al papa y al emperador á la cabeza del mundo; es la voluntad de Dios omnipotente.» Los católicos no pasan nunca apuros para encontrar testimonios que favorezcan sus pretensiones; la Escritura es una mina inagotable para el que sabe explotarla: «Jesucristo dice que se debe dar al César lo que es del César. Esto prueba que el imperio del mundo corresponde por derecho divino á los sucesores de los Césares.» Y no se crea que esta monarquía universal del papa y del emperador sea un título vano, ó, como diríamos hoy, un símbolo de la unidad cristiana. El teólogo del concilio de Trento

(1) LEONIS *Epistola ad Maximilianum*, (1514. BEMBI, *Epistola*, t. II, página 136.)

cuida de advertir que la voluntad de los dos jefes de la cristiandad rige en todo, así en la guerra como en la paz (1).

Acabamos de oír la opinión de hombres prácticos, papas, obispos. Apoyados en tan importantes autoridades, los teólogos no vacilaron en hacer de la monarquía universal una especie de dogma. El más ilustre doctor de la Compañía de Jesús pone la monarquía del papa y del emperador al mismo nivel que la unidad de Dios: «Sostener, dice *Bellarmino*, que debe haber más que un monarca, es venir á parar en el politeísmo» (2). Dios ha impreso á toda la creación el sello de la unidad: *Sanderus* encuentra la monarquía en los cielos, en los astros, en los elementos y hasta en las plantas y en los animales (3). La monarquía tiene, pues, todos los caracteres de una ley divina y, por consiguiente, inmutable. En el siglo XVII, un monje, hombre de genio, filósofo, político y poeta, se dejó seducir por la idea de la unidad: *Campanella* la presentó como el ideal de la humanidad. Pero ¿cómo se ha de realizar la unidad? La Edad Media repartía la soberanía entre el papa y el emperador. Aquella monarquía con dos cabezas no satisface al ardiente dominico; quiere una unidad absoluta y la busca en el pontificado. Nada más lógico; la unidad cristiana debía venir á parar en la monarquía del papa. En efecto, el emperador no es más que el brazo armado de la Iglesia; pero como el protector tiene necesariamente la ambición de convertirse en señor, ¿no vale más poner la fuerza en manos del papa? Tal es en el fondo la doctrina de *Campanella*; no siempre es claro y preciso. Detenido durante veinte y siete años en una prisión de Nápoles por haber conspirado contra el Gobierno español, el dominico conservó su libertad de espíritu en medio de las más espantosas torturas, pero á veces se vió obligado á velar su pensamiento en sus escritos. En otro lugar hablaremos de su tratado sobre la *Monarquía de España*, en el cual parece reclamar el imperio del mundo para el príncipe que lo tenía aprisionado; aún en aquella obra política domina la idea religiosa: «La monarquía universal es una imita-

(1) LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. I, p. 167 y sig.

(2) BELLARMINUS, *de Summo pontífice*, lib. I, c. 4.

(3) SANDERUS, *de Visibili monarchia Ecclesie*, III, 4-9, p. 113 y sig.

ción del gobierno de Dios; por esto Dios ha permitido que hubiese tentativas repetidas para establecerla, y hombres animados por el Espíritu Santo han profetizado que el destino providencial del género humano era ser regido por un monarca único» (1). El objeto de esta dominación es el reinado del cristianismo; y ¿quién es el verdadero jefe de la cristiandad? El papa y no el emperador; es, pues, natural que el gobierno del mundo pertenezca al papa. Esta es la verdadera opinión de Campanella, tal como la expresa en su *Filosofía real*: «A causa de nuestros pecados hay pluralidad de principados; es preciso volver á la edad de oro, la edad de la unidad y de la inocencia. ¿Quién nos conducirá hácia este término ideal? No pueden ser los príncipes, porque las monarquías temporales no son más que una preparación para la verdadera unidad. Así como en el paraíso no había más que un solo hombre, padre, rey y sacerdote, de la misma manera la humanidad no debe tener más que un solo jefe, rey y sacerdote; solamente entónces habrá unidad de religión, paz y armonía entre los hombres» (2). Campanella expuso su plan de monarquía pontificia en un escrito dirigido al papa únicamente: es como el testamento del filósofo italiano: «No debe haber más que un rebaño y un pastor. Ahora bien, ¿cuál es el mejor medio de establecer la unidad religiosa? Concentrar todas las fuerzas en manos del Vicario de Dios. El cristianismo armado será invencible. Cuando todos los pueblos estén sometidos al soberano pontífice, entónces se verá la edad de oro cantada por los poetas, la república perfecta concebida por los filósofos, el estado de inocencia de los patriarcas, la fidelidad de Jerusalén» (3).

Campanella ha escrito la teoría de la dominación universal del papa en una época en que, á despecho de la reacción católica, el pontificado estaba arruinado. La Reforma quebrantó el poder es-

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, Appendix, ubi hæc questio tractatur: *Utrum sit optandum, universum orbem christianum ab uno solo capite ac monarcha regi ac gubernari.*

(2) CAMPANELLA, *Philosophia realis*, Pars III, c. 8, números 17, 19, p. 392 y sig.

(3) *Parole universali dello governo ecclesiastico, per far uno greggia et un pastore. Secreto al papa solo.* (RANKE, *Fürsten und Völker von Süd Europa*, t. IV, 2, p. 160.)

piritual de los sucesores de San Pedro; desde este momento era ocioso pensar en una monarquía pontificia. Sin embargo, la idea de una monarquía universal sobrevivió á la revolución del siglo XVI; los ultramontanos celosos eliminaron al emperador de la unidad cristiana y no conservaron más que al papa; los reformados eliminaron al papa y conservaron al emperador. Los protestantes invocaban la más alta autoridad, la palabra divina. Daniel, el profeta mayor, había predicho que la monarquía de Roma sería la última; ahora bien, el imperio de Alemania era el sacro imperio romano; el poder de los emperadores era, pues, tan indestructible como el reino de Cristo, porque ambos se apoyaban en las mismas profecías (1). Esta singular concepción no era, como pudiera creerse, opinión de algunos espíritus místicos, extraviados por los sueños del Apocalipsis. Se conserva un tratado sobre las *Cuatro Monarquías*, por Sleidan, uno de los mejores escritores del siglo XVI (2). El historiador de la Reforma no se hacía ilusiones acerca del miserable estado del imperio de Alemania, pero la fe en la Biblia le domina hasta tal punto, que la decadencia del imperio llega á ser á sus ojos una prueba de su eternidad. ¿Qué importa que los Estados cristianos se hayan separado del jefe de la cristiandad? ¿Qué importa que el señor del mundo sea tributario del sultán? Daniel ha predicho que el imperio romano ha de ser el último; no puede haber una quinta monarquía, á menos de pretender que el Espíritu Santo, que habla por la boca del profeta, sea el espíritu del error y de la mentira. Sleidan confiesa que el imperio de Roma no es ya más que una sombra vana: «Esto, dice, es más claro que la luz.» Pero Daniel ha dicho que la *planta de sus pies ha de ser de hierro*; por consiguiente, no puede perecer; durará hasta que venga el Antecristo, y después de él, el reino de Jesucristo. Si la debilidad era signo de que el imperio de Alemania es la cuarta monarquía de Daniel, este signo adquirió de día en día mayor evidencia; bien pronto ya no quedó del imperio más que el nombre. Sin embargo, en la primera mitad del siglo XVII hubo toda-

(1) VITRIARIUS-PFEFFINGER, *Corpus juris publici*, t. I, p. 422.

(2) J. SLEIDANUS, *de Quatuor summis imperiis.* (GOLDAEST, *Politica imperialis*, p. 396-437.)

vía un hombre de fe bastante robusta para romper una lanza en favor de la eternidad del sacro imperio romano (1). La preocupación cristiana no cedió más que ante la evidencia de los hechos; ¿qué digo? en pleno siglo XIX oíríamos al papa pedir el restablecimiento del sacro imperio romano, como la cosa más natural del mundo!

II.

La monarquía universal es una idea católica más bien que cristiana; nace, en efecto, de la concepción de una unidad exterior de la cristiandad; supone además que el papa tiene, como jefe de la Iglesia, un poder temporal, porque él corona al emperador, él lo depone, en cuanto así lo requiere el interés de la religión. El protestantismo rechazó la idea de la Iglesia exterior y del poder temporal del pretendido Vicario de Dios: destruyó, pues, por su base el edificio de la unidad de la Edad Media. Si los reformados siguieron admitiendo la monarquía universal, es porque parecía consagrada por la palabra de un profeta; pero sucedió con aquella profecía lo que con más de un dogma católico; era la herencia del cristianismo tradicional, aceptado en un principio por los reformadores en la firme creencia de que ellos eran los verdaderos representantes de la tradición cristiana, pero que rechazaron pronto, como resto de un pasado que no podía renacer. La Reforma era esencialmente hostil á la idea de monarquía universal; nacida del genio germánico, era individual por naturaleza; así es que su primer acto fué un llamamiento al sentimiento nacional del pueblo alemán, hollado, explotado y despreciado por los sacerdotes ambiciosos que de la barca de San Pedro se habían hecho un trono, desde el cual dominaban el mundo con un orgullo digno más bien de los césares romanos que del humilde apóstol de quien se llamaban sucesores.

Tal fué el pensamiento de la famosa proclama de Lutero á la

(1) J. NEUHEUSER, *Argumentatio de sancto et summo imperio monarchico*, 1610. (GOLDAST, *Politica imperialis*, p. 746.)

nobleza alemana (1), verdadero manifiesto contra la dominación pontificia: «¿No es ridículo, exclamó el atrevido reformador, que el papa reclame el derecho de disponer del imperio? ¿Ha olvidado las palabras de su maestro: *Los reyes de las naciones dominan sobre ellas, pero no sucederá lo mismo con vosotros?* ¿Puede gobernar al mundo, y á la vez predicar, orar y cuidar de los pobres?..... Renuncie el obispo de Roma á sus pretendidos derechos al reino de Nápoles y de Sicilia; no tiene sobre ellos más derecho que yo, Lutero. La posesión de lo que llama patrimonio de San Pedro es contraria al mandamiento de Cristo: *Nadie que va á la guerra, dice San Pablo, trata de embarazarse con los negocios de este mundo.* ¡Y el papa, que se llama sucesor del apóstol, lejos de pensar en el combate espiritual del Evangelio, se ocupa en los negocios de esta vida más que los emperadores y los reyes! Desembarámosle de esta carga. Ponga el emperador en sus manos una Biblia y un libro de oraciones; haga el papa oración, y deje á los príncipes el gobierno de los reinos..... Los obispos de Roma se precian de haber trasferido el imperio romano á los reyes de Alemania; quieren que les agradezcamos tan gran beneficio; de aquí nacen unas pretensiones y una arrogancia que hacen reír..... El imperio de Alemania se llama el sacro imperio romano. ¿Por qué, pues, nuestros emperadores son arrojados de Roma? ¿Por qué los papas se han apoderado de ella? Dejan á los alemanes las apariencias del poder y conservan la realidad. De esta manera nos han llevado siempre cogidos por las narices; ¿no tienen razón para considerarnos como necios é imbéciles?..... No pudiendo ser ellos emperadores, han conferido la dignidad imperial á nuestros reyes para reinar en su lugar. Nos dejan los títulos vanos y nos toman todo lo que tenemos, nuestros bienes, nuestro honor, nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestra vida..... ¿Qué tenemos, pues, que agradecerles? ¿Que nos han dado la dignidad imperial, que no tenían derecho de quitar á los griegos? Dios es quien dispone de los imperios y no el papa..... Supongamos que el papa haya trasferido realmente el imperio á los alemanes, y en este caso tomemos en serio el donativo. ¡Sea, pues, el imperio un verdadero im-

(1) LUTHER, *An den christlichen Adel deutscher Nation* (1520).

perio, y comience el papa por devolvernos Roma y todo lo que injustamente posee! ¡No se obligue, pues, á la espada de los señores del mundo á humillarse ante las hipócritas pretensiones de un sacerdote!»

La voz poderosa del reformador alemán anuncia el fin del pontificado, y por consiguiente, de la unidad católica. ¡Cosa notable! Los primeros príncipes que abrazaron la Reforma fueron electores del sacro imperio romano. ¿Se concibe un imperio llamado *sacro*, porque es el brazo armado de la Iglesia católica, y de cuya santa corona disponen unos electores herejes? ¿Se concibe que príncipes que condenan á Roma como la Babilonia del Apocalipsis, y al papa como al Antecristo, elijan un emperador cuya misión es defender á Roma y al pontificado? El sacro imperio estaba herido en el corazón. Conservó una apariencia de vida mientras Carlos V estuvo á su cabeza, pero en el momento de su abdicación, la contradicción apareció patente. El papa se negó á reconocer un emperador nombrado por electores herejes. Bajo el punto de vista del pontificado, tenía razón. Pero la cancillería imperial no fué de su opinión; respondió al Soberano Pontífice que había equivocado las fechas; que creía hallarse aún en la Edad Media y estaba en el siglo XVI (1). Los alemanes, á su vez, tenían razón; pero se veían en la precisión de renunciar á la ambición de la monarquía universal por el papa y el emperador. Era efectivamente, como ellos decían, una concepción de la Edad Media, que suponía la unión íntima del pontificado y del imperio, por mejor decir, la supremacía del papa; al rechazarla, los emperadores abdicaban la monarquía cristiana, para entrar en la categoría de los príncipes, jefes y órganos de naciones independientes. De este modo la Reforma llegó á ser la tumba de la unidad de la Edad Media.

III.

La Reforma no es más que una de las fases del movimiento que caracteriza á los tiempos modernos. Fué preparado, y por al-

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios*.

gunos conceptos aventajado, por el Renacimiento. Los humanistas de los siglos XV y XVI representan mejor que los protestantes las tendencias de nuestra civilización. Se cree generalmente que los hombres del Renacimiento no fueron más que pálidos imitadores de Grecia y de Roma; esto es confundir la era nueva, que se anuncia por un regreso á la antigüedad, con lo que es su exceso, ó por mejor decir, su caricatura. Hay por lo ménos en el Renacimiento tanta aspiración hácia el porvenir como recuerdo de lo pasado; las ideas que agitan al siglo XIX animan ya á los hombres del siglo XV: una viva repulsión contra los abusos de la fuerza, la condenación de las guerras de conquista, y por consiguiente, de la monarquía universal. Escuchemos á uno de los genios más acabados de aquella época afortunada.

Erasmo pregunta qué es la monarquía universal: «Se habla de ella hace siglos; pero ¿ha existido alguna vez, ó puede siquiera existir? Los Romanos se llamaban señores del mundo y desconocían la mitad de la tierra; consideraban á los antípodas como una fábula, y hoy nuestros navegantes visitan la tierra de los antípodas. Compárese la tierra, tal como la conocemos, con el imperio romano, y dígase si éste merece el nombre magnífico de monarquía universal. Y aún aquella dominación limitada fué destruida por los Bárbaros, y por más que los papas quisieron restablecerla, resucitaron el nombre, pero no la cosa. Se dice que los hombres deben imitar el gobierno de Dios; bueno sería, si pudiesen también imitar su bondad y su sabiduría. Tomemos á los hombres como son, con su irremediable imperfección y con sus pasiones igualmente incurables. ¿Dónde está el príncipe capaz de gobernar el mundo? ¿Qué se consigue con extender el poder más allá de los límites de las fuerzas humanas, más que extender los males necesarios que resultan de un régimen imperfecto, la tiranía y la servidumbre?» *Erasmo* no quiere encerrar al género humano en Estados aislados, como Esparta ó Jerusalén; es cosmopolita, pero se fija más en el cosmopolitismo moral que en la unidad política: «Penétrense los reyes, dice, de la caridad cristiana, y entonces la cristiandad podrá pasar sin monarquía universal; si la caridad no inspira á los príncipes, en vano será señor de la tierra uno de ellos; los pueblos no habrían hecho más que cambiar sus tiranos

débiles é impotentes por un tirano único, que los oprimiria tanto más cuanto que tendria la omnipotencia en su mano» (1). Erasmo tiene el genio del buen sentido; á la manera del gran crítico del siglo pasado, procura combatir á sus adversarios con las armas de la ironía. Un fraile español defendió la monarquía universal con las razones que le suministraba la doctrina de la Edad Media; acababa por decir que era de derecho divino. No debe haber más que un monarca, dice *Carvajal*, como no hay más que un sol. «Perfectamente, responde Erasmo; cuando se nos presente un hombre que derrame sus beneficios sobre toda la tierra, como el sol, y que desempeñe su mision con la admirable regularidad del rey de los astros, nos someterémos con gusto á su imperio.» Aristóteles, replica el monje español, se decide por la monarquía, así como tambien Homero. Este es un rasgo de esa erudicion sin inteligencia que se imputa sin razon á todos los escritores del Renacimiento. Erasmo dice al fraile que vuelva á estudiar la leccion, y aprenderá que el filósofo griego no se referia más que á una forma de gobierno, y el gran poeta á un general de ejército. Hé aquí, por último, el argumento irresistible. Jesucristo dice: «Dad al César lo que es del César.» Luego aprueba y santifica la monarquía universal. «Supóngase, responde Erasmo, que el Hijo de Dios hubiera predicado en Saboya en lugar de predicar en la Palestina, y hubiera dicho «Dad al Duque lo que es del Duque.» ¿Qué consecuencia puede sacarse de todo esto? Que no brilla por su inteligencia el defensor de la monarquía universal (2).

Habia en el siglo XVI un hombre de un espíritu más orginal que Erasmo. Los que han leído á *Rabelais* no se admirarán de encontrar su nombre en un *Estudio sobre la historia de la humanidad*, porque saben que el autor de *Pantagruel* oculta profundos pensamientos bajo formas burlescas. En nuestra opinion los grandes genios que ilustran y consuelan á la humanidad pesan más que todos los diplomáticos, todos los reyes y todos los emperadores del mundo. Miétras los príncipes de la Casa de Austria lu-

(1) ERASMI *Epist.* 318, in *Suetonium*. (Op. t. III, 2, p. 327.)

(2) ERASMI *Epist.* 1031 (t. III, 2, p. 1166) et *Epist.* 1072, p. 1229.

chaban por la monarquía universal, *Rabelais* se burlaba de ellos; y sucede que el malicioso cura veía mejor los destinos de la humanidad que *Cárlos V*, el gran político del siglo XVI. Sigamos, pues, por un momento el camino de aventuras que los oficiales de *Picrocolo* proponen á su señor:

«Señor, hoy os hacemos el más afortunado, el más poderoso príncipe que hubo jamas desde la muerte de *Alejandro Magno*. El medio es éste. Dejaréis aquí de guarnicion algun capitán con alguna poca gente para defender la plaza. Despues dividiréis en dos vuestro ejército. Una parte de vuestra gente irá á caer sobre ese *Grandgousier* y sus gentes. De esta manera será dominado fácilmente al primer golpe. Encontraréis dinero á montones, porque el villano tiene abundante moneda contante; y decimos villano, porque un noble príncipe nunca tiene un cuarto; el atesorar es propio de villanos..... La otra parte, entre tanto, se dirigirá hácia *Onys* y *Gascuña*; se apoderarán sin resistencia de ciudades, castillos y fortalezas. En *Bayona* os apoderaréis de todos los barcos, y costeando hácia *Galicia* y *Portugal*, saquearéis todas las poblaciones marítimas hasta *Lisboa*, donde encontraréis todo lo que necesita un conquistador. A fe mia que la España se rendirá, porque no son más que un atajo de bribones. Pasaréis por el Estrecho, donde erigiréis dos columnas más magníficas que las de *Hércules*, para perpétua memoria de vuestro nombre. Y este Estrecho se llamará la mar *Picrocolina*. Despues de pasar el mar, *Barbaroja* se hará vuestro esclavo. — Yo lo perdonaré, dice *Picrocolo*. — Bien, dijeron sus oficiales, con tal que se haga bautizar.—Y atacaréis los reinos de *Túnez* y con resolucion toda la *Berbería*; volviendo á la izquierda, dominaréis la *Galia narbonense*, *Génova*, *Florenzia*, *Luca*, y adios, *Roma*. El pobre señor papa se está ya muriendo de miedo. — Á fe mia, dice *Picrocolo*, no le besaré yo la sandalia.

» Conquistada *Italia*, entramos á saco en *Nápoles*, *Calabria* y *Sicilia*, sin olvidar á *Malta*. Quisiera que los amables caballeros antiguos, los *Ródios*, os hicieran resistencia, para darles una paliza. — Tendria gusto en ir á *Loreto*, dice *Picrocolo*. — No, no, dijeron los oficiales, eso queda para la vuelta. Irémos á conquistar á *Candía* y las islas *Cicladadas* y caerémos sobre la *Morea*. Nos

apoderamos de ella y.... adios, Jerusalem, porque el Soldan no es comparable con vuestro poder.—¿Reedificaré, pues, pregunta, el templo de Salomon?—No, dicen ellos, todavía no; esperad un poco. No seais nunca precipitado en vuestras empresas. ¿Sabeis lo que decia Octavio Augusto? Os conviene primeramente apoderaros del Asia Menor hasta el Eufrates.—¿Veremos, dice *Picrocolo*, Babilonia y el monte Sinaí?—Por el momento, dicen, no hace falta. ¿No es bastante con haber atravesado el mar Hyrcano, y pasado á caballo por las dos Armenias y las tres Arabias?—A fe mia, dice, que habrémos de morir. ¡Pobres gentes!—¿Por qué? dijeron ellos.—¿Qué hemos de beber en aquellos desiertos? Porque el emperador y todo su ejército murieron allí de sed, segun se dice.—Nosotros, dijeron, hemos ya tomado disposiciones para todo. Por el mar de la Siria teneis nueve mil catorce barcos cargados con los mejores vinos del mundo; van á llegar á Jafa. Allí hay dos millones doscientos mil camellos y mil seiscientos elefantes que habeis cogido en una cacería en Libia, y ademas teneis toda la caravana de la Meca. ¿No tendréis bastante vino?—Sí, dijo, pero no estará fresco.—Vive Dios, dijeron, que un valiente, un conquistador, un pretendiente y aspirante al imperio universal no puede pensar en tantas comodidades. Gracias á Dios que habeis llegado con vuestras gentes, sanos y salvos, hasta el rio Tigris.

«Pero, dice, ¿qué hace entre tanto la parte de nuestro ejército que derrotó á aquel villano borracho *Grandgousier*?—No están parados, dijeron; pronto los encontraremos. Han conquistado la Bretaña, Normandía, Flándes, Hainaut, Brabante, Artois, Holanda, Zelanda; han pasado el Rhin sobre las cabezas de los Suizos y Lansquenets, y parte de ellos han sojuzgado el Luxemburgo, la Lorena, la Champagne, la Saboya, hasta Lyon; en cuyo punto se han dado la mano con vuestras guarniciones, que venian de la conquista naval del Mediterráneo. Y se han reunido en Bohemia, despues de haber saqueado Suecia, Wurtemberg, Baviera, Austria, Moravia y Estiria. Despues han caido juntos sobre Noruega y Suecia, hasta el mar Glacial. Hecho esto, conquistaron las islas Orcades, y subyugaron la Escocia, Inglaterra é Irlanda. Desde allí, navegando por el mar del Norte, han vencido y so-

juzgado la Prusia, Polonia, Lituania, Rusia, Turquía, y están en Constantinopla.—Vamos, dijo *Picrocolo*, á reunirnos con ellos á la mayor brevedad, porque tambien quiero ser emperador de Trebisonda. ¿No matarémos á todos esos perros turcos y mahometanos?—¿Pues qué duda tiene? Y daréis sus tierras y bienes á los que os han servido honradamente.—La razon, dice, lo exige así. Es equitativo. Os doy la Siria y toda la Palestina.—¡Ah! dijeron, muchas gracias, señor. Dios os haga prosperar.—Habia allí un viejo gentilhombre, experimentado en muchos trances, verdadero hombre de guerra, el cual, oyendo aquellos planes, dijo: ¿qué pretendéis con tan famosas conquistas? ¿Cuál será el fin de tantos trabajos y aventuras?—El fin será, dijo *Picrocolo*, que á nuestro regreso descansarémos tranquilamente.—¿Y si por ventura, repuso el capitán, no volviérais nunca? Porque el viaje es largo y peligroso. ¿No sería mejor que descansáramos ahora sin meternos en tales aventuras?» (1).

No es posible burlarse con más gracia de la monarquía universal. Rabelais da por sucesor á Alejandro Magno el señor de un pequeño rincon de la Galia; tiene que empezar por conquistar los medios de ser conquistador. Esto tiene lugar como por medio de la varita de un mago. Y en verdad, nada ménos que un encantamiento continuo sería necesario para someter el mundo entero á un solo hombre. El orgullo ha desvanecido siempre á los pretendidos señores del mundo, y ciega aún á los que no hacen más que soñar con el imperio de la tierra; los castillos fantásticos que construyen en el aire les parecen una realidad; creen ya estar al cabo de sus correrías aventureras, y distribuyen territorios y reinos de su monarquía imaginaria. La ilusion de *Picrocolo* es la ilusion de todos aquellos que han ambicionado una dominacion imposible. Y ¿cuál es el fin de esta utopia? Los teóricos de la monarquía universal se imaginaban que la paz y la armonía eran el ideal á que habian aspirado los destructores del universo; Rabelais está más en lo cierto, reduciendo tan sublime ideal á un mezquino egoismo. Despues de haberse reido de sus proyectos insensatos, termina con estas palabras más graves, para hacer ver la

(1) RABELAIS, lib. I, c. 33.

injusticia de sus empresas: «Ya no es tiempo de conquistar así los reinos con perjuicio de su prójimo hermano cristiano; esta imitación de los antiguos Hércules, Alejandro, Aníbal, Escipion, César y otros por el estilo, es contraria á la profesion del Evangelio, en el cual se nos manda que cada cual guarde, conserve, rija y administre sus países y tierras, sin invadir hostilmente las demas. Y lo que los Sarracenos y Bárbaros llamaban proezas en otro tiempo, nosotros hoy lo llamamos bandolerismo y maldad» (1).

En el siglo XVII la Francia ha tenido un cronista que puede citarse al lado de Rabelais; *Gaspard de Saulx, señor de Tavannes*, recuerda á veces la manera de Tácito. Hombre de guerra, y testigo de los reñidos combates que tenían lugar al rededor de una sola fortaleza, no vió más que una quimera en la ambicion de la monarquía universal: «La disposicion, el estado y las plazas fuertes de la Europa son enteramente contrarias á la monarquía. Se han necesitado tres años para tomar á Ostende; para tomar tres plazas por este estilo se necesita la cuarta parte de la vida; ocho ó diez ciudades tomadas no hacen más rico ni más pobre al que las gana ó al que las pierde; es un juego de *marro*, cuyos resultados muchas veces han sido contrarios á los antepasados; lo que se conquistase en un verano, se perderia en otro, y ademas, la paz con los hombres, si es que la habia con Dios, despues de tantas muertes, desórdenes, pérdidas de sangre, é impuestos de dineros tan mal empleados.» Tavannes, espíritu religioso, se pregunta si es una pura casualidad que las tentativas de monarquía universal hayan fracasado siempre. El historiador cree en la Providencia y no en la fortuna ciega. «Viendo empresas tan bien proyectadas que se deshacen, es preciso creer que esto es obra de Dios; parece que ha puesto límites que no quiere sean traspasados; á la España, los montes Pirineos y el mar; á la Francia, el mar, los Pirineos, el Rhin, las montañas de la Suiza y del Piamonte; la Italia tiene el mar y los Alpes. Esta es la idea de las fronteras naturales mezclándose con la de la nacionalidad. Si las naciones son de Dios, la monarquía universal se opone á sus designios; por esto la Provi-

(1) RABELAIS, lib. I, c. 46.

dencia interviene para deshacer los vanos proyectos de los hombres. «Dios hizo ver su voluntad, que era que aquellos límites fuesen respetados y que no hubiese un monarca; hizo nacer al mismo tiempo á Francisco I, Soliman, Enrique VIII, para oponerlos á Carlos V..... Nuevamente parece que Dios persevera en esta voluntad; que la Francia, la España y la Inglaterra sean tan igualmente poderosas que no puedan crecer sin perjudicarse mutuamente; habiendo hecho al reino de Francia por la paz unido, poderoso y formidable; por otra parte, ha agregado el Portugal á la España y la Escocia á la Inglaterra, para que tengan fuerza y medios de guardarse igualmente unos de otros, hacer imposible la monarquía y conservar su Estado» (1).

El partidario más decidido de la monarquía universal, *Campagnella*, confiesa que los escritores políticos la rechazaban casi por unanimidad, como contraria á los designios de Dios, que ha dado á cada nacion límites naturales y lenguas diferentes, expresion de genios diversos; confiesa que las monarquías de que hace mencion la historia fueron todas producto de la violencia, y que por esta razon son condenadas por el cristianismo (2). Agréguese que no solamente debe rechazarse la monarquía porque es irrealizable y contraria al espíritu del Evangelio; aún cuando fuese posible, se la deberia rechazar como un ideal falso. Para justificarla, dicen sus defensores que el objeto de la humanidad es la paz, y que sólo la monarquía puede darla. Este es un error funesto. La paz no es el objeto, sino un medio; el objeto es principalmente el respeto del derecho y de la individualidad; si el derecho no es respetado, si se desconoce la individualidad, se hace imposible al hombre cumplir su mision en esta tierra, mision que no es otra que el desenvolvimiento progresivo de sus facultades. Ahora bien, la monarquía universal, tal como la han ambicionado los conquistadores, destruye hasta la idea de un derecho individual, y por consiguiente, seca las fuentes de la vida. ¡Ay de los pueblos si alguna vez llega á ser la paz su única preocupacion, y si á ella sacrifican

(1) *Memorias de TAVANNES*, en PETITOT, *Coleccion*, t. XXIII, p. 266, 380, 381.
(2) CAMPANELLA, *De monarchia Hispanica*, p. 372-384 (edic. de Amsterdam, 1641).

el bien más caro al hombre, su libertad. Esto sería el reinado de una civilización puramente material, es decir, la decadencia, la podredumbre. Si la monarquía universal fuese posible, se realizaría en una sociedad que no cuidase más que de aumentar sus riquezas para aumentar sus gozos. Afortunadamente, Dios ha velado para que la monarquía universal fuese eternamente una quimera, dando á las naciones una individualidad indestructible. Siempre resistirán á una dominación que las destruiría, de la misma manera que el hombre se opone por instinto de conservación á todo lo que amenaza á su vida. ¿Es cierto siquiera que la monarquía universal sea una garantía de paz? Más bien sería un origen de guerras permanentes. No hay paz verdadera más que cuando se da satisfacción á todas las necesidades legítimas de la naturaleza; cuando un elemento esencial de la humanidad está oprimido, la lucha es necesaria, providencial. Si alguna vez pudiera cesar la lucha, sería porque no hubiera en las naciones fuerzas bastantes para resistir; entonces reinaría la paz, pero sería la paz de los sepulcros.

§ III.—Las nacionalidades.

I.

¿Son las nacionalidades producto del acaso, de las invasiones, de las guerras, de la mezcla fortuita de las razas ó tienen una razón de ser como los individuos? Si se las confunde con los Estados, habrá que decir que no tienen vida propia, que se hacen y deshacen por conquista ó por herencia; por consiguiente, la monarquía universal no será ya más que una cuestión de poder y de fortuna. Si, por lo contrario, tienen una vida propia, como los individuos, tienen también derecho á una existencia individual; no pueden ser destruidas por un conquistador, como la individualidad humana no puede ser destruida por los príncipes. Si no hay nacionalidades, las sociedades políticas no se fundan más que en la posesión; la posesión más ó menos larga puede crear títulos, pero si no está fundada en la naturaleza, no tiene la fuerza de un

derecho, es un hecho que puede ser destruido por un hecho contrario. No sucede lo mismo, si las nacionalidades tienen una existencia individual; no hay violencia que pueda arrancársela, porque el hecho contrario al derecho no crea un derecho, sea cual fuere su duración. Cuando el principio de las nacionalidades haya entrado en la conciencia general y se haya realizado en la constitución de los Estados, dará origen á la más fuerte garantía para la conservación de la paz, porque ya no se podrá pensar en conquistas; las nacionalidades son, pues, un principio de paz. Si por el contrario, no se tienen en cuenta las naciones, si su existencia no es más que un simple hecho, las guerras de conquista serán eternas.

El principio de nacionalidad ha entrado en la conciencia humana, y la tendencia de los tiempos modernos es á realizarlo en los hechos. Ahora bien, la vida de la humanidad en su evolución progresiva nos revela los designios de Dios. Podemos, pues, afirmar que las naciones tienen en Dios su razón de ser. Lo que confirma esta inducción histórica es que el elemento de individualidad se encuentra en toda la creación á la vez que el de unidad. Las condiciones físicas de la vida varían, no solamente de un continente á otro, sino en el seno de un mismo continente. Dios ha creado territorios en que la vida se desarrolla bajo condiciones diferentes; estas condiciones son apropiadas al carácter y á la misión de la nación que está destinada á habitarlo. Los territorios, con todos los elementos que los constituyen, son para las naciones lo que el cuerpo es para los individuos, un instrumento, un órgano de la vida. Así como en el hombre la constitución física está en armonía con las facultades intelectuales y morales, así también el cuerpo de las naciones está en armonía con su genio y su destino. A esto se reduce la cuestión tantas veces agitada de la influencia de los climas. Se ha dicho que el cuerpo hace el alma; más cierto sería decir que el alma hace el cuerpo, porque es contradictorio que el órgano cree el principio; el principio ha debido crear el órgano. Por mejor decir, solamente Dios es creador; él da al alma la envoltura que corresponde á sus facultades; él da á las naciones el territorio que corresponde á su misión. Esta correlación entre las costumbres, los gustos, las disposiciones de una